

casa estaba en silencio. Los intrusos habían desaparecido por fin. Observó un fonendo manchado de sangre y lo apartó de sí con repugnancia. Parecía una serpiente que acabara de engullir una presa. Intentó reanimar a su madre, pero seguía inconsciente. ¿Inconsciente o quizás muerta? Entre lágrimas, buscó a tientas el fonendo y comenzó a golpearlo contra las paredes emnegrecidas, mientras con la otra mano se tiraba de la trenza. Los golpes, confundidos con su propio llanto, eran cada vez más ensordecedores, hasta que oyó filtrarse entre ellos el tenue sonido de una sirena. «La policía, por fin»

Despertó jadeando, con martillazos en la cabeza y en el pecho y un regusto a metal oxidado en la boca. Respiró hondo varias veces para aplacar su corazón desquiciado y después recorrió despacio su apartamento, como para cerciorarse de que había sido sólo una pesadilla. Brillaba un amplio sol que convertía la casa en una sinfonía de colores, pero, al contrario que en otras mañanas luminosas, ello no le causó júbilo, sino un agrio mal humor.

Al lavarse la cara frente al espejo y observar sus ojeras violáceas, recordó el encuentro con Benito. ¡Qué humillación! Estaba segura de haberle atraído. Por lo general, a la hora de tomar iniciativas sexuales su intuición era certera y nunca intuía atracciones inexistentes, ni con los tíos que conocía espontáneamente ni con los de Bye. De hecho, sólo actuaba sobre seguro. Sin embargo, no siempre contaba con las prevenciones de los hombres ante la iniciativa femenina. Y aunque debería estar ya acostumbrada a esas espantadas, no las encajaba bien y siempre terminaba lamentando su precipitación. «Quizás si hubiera aceptado esa copa en un bar», pensó ahora. Quizás en una atmósfera distendida, con un poco más de alcohol adormeciendo las inhibiciones y una mayor proximidad física alimentando el desco, Benito se hubiese animado a llevar el coqueteo hasta la cama. Sara había comprobado que la receta del éxito consiste en inducir a los tíos a tomar la iniciativa, en hacerles sentir que han sido ellos quienes han llevado a cabo la conquista, vestigio tal vez de su primitiva etapa de cazadores. Pero ella no soportaba esos juegucitos y, como buena rec-

colectora, prefería ir al grano. No le gustaba malgastar las oportunidades en convencionales dilaciones que podían dilatarse *ad infinitum*, hacerse la difícil en el primer encuentro para generar más expectación en un segundo encuentro que podía no llegar a producirse o en el cual podía no reproducirse la química, que al fin y al cabo dependía mucho del momento. *Carpe diem* (o, como diría Aurora Luque, *Carpe noctem*) era uno de sus lemas.

Entró en la ducha, decidida a lavarse el mal humor con el agua fría y su aromático gel de naranja. Aunque quizás con su impaciencia estuviese malgastando otras oportunidades, provocando la huida de hombres válidos. Como cuando las recolectoras cogen prematuramente los granos, sin darles tiempo a madurar. Además, tenía cierto encanto postergar el desco e irlo potenciando mediante fantasías y mensajes cróticos. Pero se trataba de un encanto no exento de riesgos. El riesgo de decepción cuando por fin se materializaba y no estaba a la altura de las fantasías, que era lo más común, o —todavía peor— el riesgo de engancharse cuando sí lo estaba. Como le había sucedido con Martín, por ejemplo, tras el largo intercambio de ingeniosos correos que precedió a su primer encuentro. «El caso es que nunca aciertas, Sara Saavedra», murmuró con sorna.

Tras secarse enérgicamente con una toalla de rayas multicolores, peinó con esmero su melena y apretó, como siempre sin resultado, la arandela de la cisterna, que llevaba semanas goteando con un borboteo inmisericorde. Se dijo por enésima vez que debía avisar al casero, pero le daba una pereza infinita discutir con ese tipo mezuino, con quien había tenido que regatear cada arreglo y cada reforma desde que se instalara en el apartamento casi un año antes.

Al pasar por el salón vio que el teléfono fijo pestañeaba con la luz roja de las llamadas perdidas. ¿Estaría ya por la noche y no se dio cuenta? La pantalla indicaba las 10.23 del 29 de mayo de 2005; por tanto, la habían llamado mientras estaba en la ducha. Pulsó la tecla de los mensajes. Era Gabriela: necesitaba hablar urgentemente con ella, decía. Seguro que había discutido otra vez con Miguel... Sintió

se pierde también al amigo—. Por eso deberías apuntarte a Bye. Da un excelente campo de prácticas. Como a esos tíos no vas a volver a verlos, no pierdes nada si la cosa no funciona. O no mucho —matizó, rememorando el dolor de rechazos como el de Raúl, alias Benito—. Si quieres, te ayudo a montar tu página cuando regreses a Madrid. Y ahora me voy a bañar —añadió, despezrezándose.

El contacto con el agua fría acabó de despejarla. Entró de golpe y nadó con prestancia y soltura mar adentro, hasta que los demás bañistas quedaron reducidos a diminutas cabezas de alfiler. Sentía todo su cuerpo acogido por el agua, latiendo al unísono con las olas, impregnado de sal y de luz, ligero e ingrátido. Se tendió boca arriba y notó cómo el cansancio abandonaba sus poros emitiendo un sordo burbujeo. Cerca de la orilla se sumergió varias veces, desplazándose eufórica por el fondo pedregoso, plagado de pececillos. Era como estar encerrada en una campana de vidrio, un universo otro, sin ruidos ni agobios, sin el peso de la realidad. Luego volvió mar adentro, abriendo suaves ondas circulares con los brazos y las piernas. Recordó un dibujo de Le Corbusier que había visto en una exposición. Mostraba, a grandes trazos infantiles, un barco en forma de mano que surcaba un mar azul celeste con el pulgar extendido haciendo de proa. Ahora ella era ese barco, navegando tranquilo mar adelante con las manos preparadas para recibir la vida. Se dejó flotar y pensó en Raúl. Pensó en Raúl y pensó que le gustaría compartir el mar con él, ese nuevo mar u otro viejo, que de todos modos sería nuevo con él. Estaba decidido. Le diría que reservase una habitación en el Parador de Cádiz.

XU LA FAMILIA Y UNA MÁS

Contempló su imagen en el espejo y sonrió. ¡Por fin! Primero se había puesto el vestido rojo de lino que llevaba cuando Raúl apareció de improviso en su charla sobre los inmigrantes, pero le pareció demasiado formal. Luego cambió radicalmente de estilo y se probó unos vaqueros y una camiseta con grandes flores azules y amarillas que dejaba el ombligo al aire, pero le pareció demasiado descuidado, casi impropio de su edad. Este último conjunto, en cambio, una minifalda a rayas negras y naranjas y una blusa negra de tirantes, le pareció perfecto: elegante sin excesos y alegre sin estridencias. Lo complementó con unos pendientes negros y el collar de ámbar que Raúl le había traído de Praga.

De repente se sintió ridícula. Nunca prestaba tanta atención a su indumentaria, ni siquiera para sus citas sexuales o con esperanzas de serlo. Solía ponerse lo que en ese momento le dictaba su ánimo, sin más que una rápida ojeada a su aspecto. Nada que ver con este prototipo absurdo. Y todo porque iba a conocer a la familia de Raúl.

Cuando, poco después de regresar de Cádiz, él la invitó a celebrar su cumpleaños con su hija, su hermana y su cuñado, Sara mostró reticencia.